



REVISTA

Revista de

ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Órgano del

"CENTRO PLATÓN"

Publicación mensual



PLUS ULTRA

REVISTA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS
ORGANO DEL "CENTRO PLATÓN"

P U B L I C A C I Ó N M E N S U A L

AÑO III

MADRID, 1.º DE FEBRERO DE 1927

NÚM. 17

SUMARIO

Reencarnación.—El espiritualismo en el arte: La arquitectura gótica.—La pasión.—No maldigáis.—Reflexionemos.—Comunicación de Fenelón.—Extracto de una sesión medianímica en el Centro Platón, el domingo 13 de febrero, en la que intervienen los médiums hermanos Arturo y Emilia, y como interrogadores el presidente señor Tebar y el doctor Sánchez Herreros.—Cuentos espiritistas: Pedid y se os dará.—El vellón de lana (Reflexiones de un psicólogo).—Correspondencia.—A los buenos espiritistas.

REENCARNACION

Sin la reencarnación del ser, resultaría un mito la justicia de Dios.

Nuevamente quiero robaros, por breves momentos, vuestra atención, debatiendo sobre extremo tan fundamental cual es la demostración palmaria de que Dios no puede ser justo sin admitir *a priori* la realidad de la reencarnación del ser.

Bien sé yo que, incluso muchos de los hermanos que comulgan conmigo con la idea espiritista, muchos de los feligreses comprendidos en el credo Kardeciano, hallarán, quizás, atrevida la tesis antes planteada; consultemos, sin embargo, sin prejuicio alguno, los dictados de nuestra conciencia; pongamos en ejercicio nuestra razón independiente, cualidad ésta que nos hace diferenciarnos del bruto, y de ello deduciremos, sin género de duda alguna, que, de no existir la reencarnación, Dios resultaría injusto, parcial, absurdo.

En efecto; un sector de creencias muy divulgadas, sobre todo por las principales naciones de Europa, admite como verdad incon-

cusa que todos los seres que encarnan y han encarnado en el mundo Tierra son almas de nuevo cuño, que vienen a este valle de lágrimas a cumplir la misión que Dios, desde las alturas do mora, a cada uno asignara. Semejante aserción tiene todos los visos de gratuita, por cuanto el hombre, ser racional, debe sólo admitir aquello que se halle conforme con su intelecto, y, verdaderamente, a poco que estudiemos aquella afirmación, se verá que no puede resistir el más somero examen.

Al extender nuestra escrutadora mirada por la vasta generación humana ahora y en anteriores tiempos, se ha podido observar la variedad infinita de seres que la componen, todos distintos, todos diferentes, desde todo punto de vista, ello consecuencia inmediata de la constitución física y psíquica de los mismos. Dentro de una misma familia puede observarse que, mientras un vástago resulta con tendencia al mal, otro propende, en cambio, a la filantropía; mientras uno es estudioso, otro es haragán; a éste le sonríe la fortuna, a aquél le persigue la desgracia; uno es listo, inteligente, despejado; otro, en cambio, mora en los últimos márgenes de la in-

teligencia. Ante esta variedad de tendencias y cualidades, se ocurre preguntar: Si somos todos hijos de Dios, si hemos sido concebidos en idénticas condiciones por El, ¿por qué para unos es la carga más llevadera que para otros? ¿Qué causa existe que pueda justificar la venida a este mundo de expiación y de prueba de seres imperfectos, fisiológicamente hablando, para los cuales la vida habrá de ser un calvario horroroso? ¿A qué causa es debida la deformidad de un ser, que encubre las cualidades de virtud más apreciables, en todas las gradaciones de ella, en tanto que otros seres, que son dechados de perfección desde el punto de vista físico, resultan una verdadera cénaga de pasiones desde el moral?

Si Dios es y de El todo proviene, queda muy malparado el concepto de su perfección infinita encuadrado en las anteriores consideraciones; en cambio, admitida la reencarnación, realidad ésta que se impone por su propia eficiencia, la cosa cambia de aspecto, el problema se simplifica; del crisol del análisis nace una idea de Dios esplendorosa, sublime, grandiosa. No podía menos de suceder así: Dios mora en las alturas de su perfección; el hombre, vil gusano, se arrastra por el cieno de sus pasiones, obra suya exclusivamente; a base pues, de la reencarnación, la Causa Increada resume en sí la máxima perfección infinita.

Concebido el ser por el Padre, en el preciso instante del tiempo infinito por El fijado, empieza la evolución *espiritual* de aquél, como repetidas veces vengo diciendo, en su comienzo, en estado de inerte inconsciencia; más tarde, con inconsciente sensibilidad; a la postre, dotado de inteligencia, al entrar a formar parte del reino hominal, ello en el transcurso de su paso progresivo y de evolución por los reinos mineral, vegetal y animal. Escuela de estas continuadas encarnaciones (dando a la palabra la más amplia acepción), es la predisposición, mejor dicho, el atavismo, que le impele al bien o al mal, según el cariz de sus actos pretéritos.

La ignorancia de las leyes universales que rigen el Todo creado, en que han vivido las humanidades que desde la noche de los tiempos han venido poblando la Tierra, ha dado lugar a no pocas aberraciones, creando de modo circunstancial divinidades a granel, todas ellas como sostén de la trama en que descansan las religiones positivas; de ahí la existencia del infierno, de ahí la materialización

de las penas de ultratumba; que estén tranquilos los timoratos, que no se aflijan los débiles de corazón: al trasponer el ser el dintel de lo material, al arribar a la estación postrera de su actual peregrinación por la Tierra, recogerá lo que sembrara: flores, bienandanzas, felicidad, si durante su existencia se dedicó a prodigar el bien por el bien mismo, imitando así la máxima del Crucificado; intensos sufrimientos morales, un verdadero infierno, si consagrara su vida al culto del mal.

Como vemos, todo es obra del ser. Dios le dotó, en potencia, de todas las perfecciones; de él depende que se dedique a la práctica del bien o haya derivado al mal; la ascensión hacia el bien, hacia la perfección, hacia Dios, en suma, tiene que ser indefectiblemente función del esfuerzo individual; de ahí que se haya dado el caso de que unos seres se hallen en la cima de lo perfecto y otros, en cambio, vivan revolcándose en la mayor abyección. Dios, Padre cariñoso, a todos cobija por igual bajo su paternal protección; dejaría de ser justo, misericordioso, imparcial si sancionara con su aquiescencia la infinita variedad de imperfecciones que existen y han existido en las sucesivas humanidades.

Según sabemos, Dios ha colocado, con su bondad infinita, cerca de cada ser un espíritu protector, verdadero ángel de la guarda, el cual le intuye, de modo continuado, la propensión al bien, y convencido Dios—que, aun siendo infinitamente justo, no puede dejar de ser infinitamente misericordioso—, ha establecido para el ser la reencarnación, piedra básica para su evolución progresiva, a través de sucesivas encarnaciones, en distintos mundos materiales.

A base de la reencarnación del ser todo queda explicado de la manera más diáfana; ni uno solo de los inextricables problemas de carácter íntimo que el ser pueda plantearse queda sin adecuada solución. El ciego de nacimiento, el tullido, el avaro, el soberbio, el asceta, el redentor, todos, todos ellos tienen en su ayer la causa de su hoy, y precisamente en esta obvia realidad queda fundamentada la perfección infinita del Creador.

No lo olvidemos: la predicción de Galileo, según tan atinada como valientemente recuerda el obispo católico de Forade (Brasil), doctor Jinz (1), de la cual tan ufana se muestra hoy la ciencia, le colocó al borde de la ho-

(1) Ver los números 2 y 15 de PLUS ULTRA.

guera; la reencarnación, tan discutida, tan censurada, tan execrada hoy por parte del sector de los intereses creados, en cercano mañana, cuando el espiritismo se haya enseñoreado de la casi totalidad de las concien-

cias humanas, será aquella una verdad evangélica, en la cual se fundamentará la redentora religión del porvenir.

ELIAS

Madrid y enero de 1927.

EL ESPIRITUALISMO EN EL ARTE

LA ARQUITECTURA GÓTICA

En la evolución histórica de la Arquitectura, que durante muchos siglos fué guía y directriz del movimiento artístico general, ningún momento tan interesante, tan rico en significado espiritual, como el gótico.

Aparentemente es la Arquitectura, entre las Artes todas, aquella en que más difícilmente pueden hallar cabida expresiones o matices de espiritualidad, por ser la más sujeta a imperativas leyes físicas, sin cuyo cumplimiento la obra arquitectónica no puede tener realización. En efecto, el manejo de grandes masas materiales inherente a ella, la distancia considerable de la Música, cuyo sutil y casi inmaterial medio de expresión parece ser más propicio a la idealidad, y aun de otras Artes, como las mismas Escultura y Pintura, que, dentro de la indiscutible materialidad de sus elementos expresivos, ofrecen, al parecer, más ancho campo en que puedan desenvolverse conceptos espirituales. Añádase a esto que el fin práctico y utilitario, más directamente ligado a ella que a otra alguna, dificulta en mayor grado la pureza y fuerza del sentimiento.

Y, no obstante lo apuntado, es la Arquitectura tal vez la más llena de espiritualidad en el campo del Arte.

En la Arquitectura, si hacemos un estudio atento de ella, encontraremos reunidos todos los elementos privativos de otras Artes. El ritmo, patrimonio de la Música y la Poesía, si lo entendemos en su verdadero sentido de sucesión de partes armónicamente proporcionadas, es innegable que en la Arquitectura existe. ¿Qué es sino la agrupación de

columnas, capiteles, arcos y, en general, todas las formas arquitectónicas? ¿Qué más rítmica solución que la de una cúpula? Más claramente se ve aún la existencia en ella de la forma, el color, la luz, que a la Pintura y Escultura parecen reservados. Y aun diremos más: algunos de estos medios expresivos los toma más directamente de la Naturaleza. Así, los efectos luminosos, que en Pintura sólo se consiguen artificialmente y valiéndose del color, en Arquitectura son puramente naturales. La luz, que en un monumento arquitectónico avalora las formas y es parte integrante del conjunto, es natural y no conseguida ni imitada por procedimiento alguno.

Aquí, en su más íntimo contacto con la Naturaleza, que le permite apresar el sentido espiritual, vivo y fecundo que en ella palpita, reside, a mi entender, la razón fundamental del significado artístico de la Arquitectura. Y, entre todos los estilos, el que más avanzó en esta dirección, fué el gótico.

Jamás arte alguno fué más naturalista, en el verdadero y elevado sentido del concepto, que el que nos ocupa. Las naves de los templos góticos son, según frase de Bécquer, "bosques de columnas"; la solución del sostenimiento de las bóvedas mediante nervios que parten de las columnas, es análoga a la que la Naturaleza nos presenta en los ramajes de los árboles sirviendo de sostén a la copa; los efectos naturales de luz están conseguidos en él como en otro alguno, y elementos decorativos, son todos formas vegetales, animales y aun humanas; es decir, formas "vivas".

Recuérdese a este respecto el maravilloso claustro de San Juan de los Reyes, de Toledo.

A más, por el contrario de los estilos anteriores, que solucionan la pesantez del material mediante el reposo de sus elementos, el gótico da una solución dinámica; con el sistema de sus bóvedas, apoyadas en las nervaduras y en los arbotantes; con los arcos apuntados y la gracilidad de sus agujas, nos da la sensación de algo orgánico, vivo, en que las fuerzas de la Naturaleza, sometidas al espíritu, triunfan de las leyes mate-

riales, conociéndolas y utilizándolas inteligentemente, que es el único modo de dominarlas.

El gótico fué, en suma, la más alta expresión de la inteligencia y la sensibilidad humanas, animadas por una fe religiosa que, cual todos los religiosos sentimientos, cuando son puros, encerraba el más elevado valor espiritual.

Frase feliz fué la de Paúl Amiell, cuando dijo que el gótico era "la unión de las piedras y la unión de las almas".

JUAN TEVAR CARRASCO

LA PASIÓN

Sin voz, sin movimiento, en la tortura del insomnio, clavaba desde el lecho mi pupila de mártir en el techo desvanecido en la tiniebla obscura.

Inundaba mi boca la amargura, la hirviente hiel del revosante pecho, y en sollozos ahogándome: ¿Qué he hecho, clamé, para tan grande desventura?

El amor y la paz: he aquí mi estrofa. Hoy el escarnio, la irrisión, la mofa tienen mi corazón crucificado...

Soñé salvar y redimir un mundo, y héme en cruz desangrado, muribundo... ¡Padre! ¿Por qué me habéis desamparado?

Y una voz contestó: —No más abrume tu cargo mi piedad; ni ¿quién declama? ¿Por qué se queja del sangriento drama quien de divino redentor presume?

Cuando el rayo flamígero consume virgen bosque de sándalos, la rama que sufre más de la celeste llama es la que da más luz y más perfume.

Quien sufre por el prójimo se encumbra.

Como el gándalo sé: cumple en el suelo la misión de la antorcha, la más bella: arde, aroma, consúmeme y alumbra, y no temas morir; pues en el cielo, quien aquí muere antorcha, nace estrella.

SALVADOR SELLES.

NO MALDIGAIS

Maldecís a Nerón de infame frente. Maldecís a Satán cuando iracundo, desde el carro magnífico del mundo increpa al sol de Dios que surge enfrente.

No maldigáis: quizás el imprudente que en ciegas maldiciones es fecundo, se maldice a sí mismo, en el profundo abismo de su ayer o en su presente.

Todo excelso querub fué larva humana, y todo hombre es un monstruo redimido que se levanta a la divina aurora.

¿Maldecís? Bien está; pero mañana, mostrándoos los horrores que habéis sido, dirá el Eterno: "¡Maldecid ahora!"

SALVADOR SELLES.

REFLEXIONEMOS

Concentremos, humildes, la energía de nuestro entendimiento en el rincón más oculto de la conciencia; descansen en ella nuestro espíritu, haciendo abstracción de tantas y tan superfluas concepciones como le asaltan; apartemos cuidadosamente las mil vanas ideas que

le entretienen y pidamos con fervorosa aspiración al Padre brille con poderosa intensidad la luz de su deseo, que siendo amor y verdad, prepare nuestro entendimiento oscurecido, nuestra razón extraviada y la voluntad hipotecada o débil para una sana reflexión.

Reflexionemos: el ambiente es propicio.

Por doquiera que el pensamiento mire; allí donde la vista del espíritu extienda sus anhelos de investigación, se encuentran problemas intrincados que la razón humana no acierta a resolver; aspectos de la vida escabrosos y tristes; ideas que, girando desde un falso centro, esparcen decisiones cuyos egoísmos embrutecen a la criatura en vez de iluminar su corazón.

¿Qué es la tierra en el actual momento? Laberinto complejo donde en cada vereda se nos tiende una red; escenario de rencores y odios en que cada hermano es un adversario que nos resta fortuna y felicidad; caos donde bullen revueltos anhelos y pasiones, dolores y sarcasmos, plegarias y maldad.

División en las familias; frialdad en los hogares; la inmoralidad triunfante cuando el dinero la acompaña; la pobreza desdeñada y repelida, aunque en ella destelle la virtud; aborrecimiento y lucha de clases; encono y distinción de fronteras, y hasta la misma ciencia, que debiera llamarse santa y bendita, aplicada al poderío del más fuerte, para amordazar al débil, que sólo le acompaña la razón para luchar.

El virtuoso desfallece ante la indiferente actitud de quien le mira con desdén, despreciando su nobleza. El libertino, sonriendo estoico, se entrega a los goces materiales como único premio y fin de su vivir. El pobre, creyéndose explotado y oprimido por el poderoso, engendra los insanos deseos de represalia; en su corazón se alberga el odio, que, oculto y cuidado con esmero, sólo espera el momento propicio para devorar a quien aborrece, por creerle causante de su situación.

El rico, convencido del rencor del menesteroso, prepara su defensa con premeditada crueldad, restringiendo la cultura en las humildes clases y cerrando las puertas de la inteligencia al paso de la ciencia, investigadora de la verdad, en vez de prepararla para ser manantial fecundo de ideas luminosas que ayudaran a dar solución a los tristes problemas de la realidad.

El sabio, mal llamado desde que su triunfo le envanece, negando el más allá de donde sus investigaciones pueden comprender. El ignorante, caminando al impulso del viento que le empuja, como pluma que el aire arrastra sin cesar, como máquina viviente movida por voluntad ajena, sin más horizonte que el aire enrarecido de un oscuro taller y el rotativo

avance de las poleas, que sus miembros pudieran alcanzar.

Hijos rebeldes que pisotean la autoridad paterna, imponiendo sus deseos; padres egoístas e incrédulos, que se apartan más y más cada día del sacrificio a que les obliga la paternidad. En una palabra: la tierra, mansión llamada a ser paraíso del bien, morada de luz, planeta de amor, familia universal, convertida en inmundo paraje, donde la purulencia de todos los vicios le da hedor de muerte; el frío del escepticismo y la incredulidad pone hielo en el corazón; el huracán de pensamientos, que sin rumbo fijo nos dirige, coloca nuestra mente al borde de un abismo cuyas tinieblas y profundidad paralizan nuestras fuerzas de terror.

¡Pobre humanidad! ¡A qué tristes reflexiones se prestan tus errores! ¡Qué desconsuelo infunde tu empeño en caminar por un campo pedregoso y oscuro, cuando a tu lado destella la avenida amplia y luminosa que te conducirá al verdadero fin, que sabrá calmar tus anhelos, que saciará las ansias de ese algo que todos buscamos con afán!

Reflexionemos que la vida en la tierra es como un punto en el infinito. Nacemos, dice un sabio, al resplandor de un relámpago, cuyos fulgores lucen todavía cuando morimos. Que el alma, como Denis afirma, no se formó por el capricho de un Dios que reparte a su antojo la necedad o el genio, el vicio o la virtud; sino sencilla y progresiva, para elevarse por sus merecimientos y enriquecerse con sus propias obras, cosechando hoy lo que ayer sembró y sembrando lo que cosechará mañana. Que siendo la vida un segundo ante la eternidad, y, por consecuencia, insuficiente para que el progreso del espíritu realice la magna labor de purificarse lo necesario para llegar a Dios, tiene que repetirse cuanto sea preciso hasta conseguir por sus dolores, por su trabajo, por su virtud, esa depuración casi perfecta que todos habemos de alcanzar.

Reflexionemos, por tanto, en la pluralidad de existencias del alma y en su ascensión en la escala de los mundos. Que nuestras vidas son etapas sucesivas que atravesamos en nuestra marcha hacia el bien y la verdad, hacia Dios.

Reflexionemos, en fin, en la consoladora idea de la reencarnación. Faro radiante que todo lo aclara, bálsamo atenuante de todos los dolores, causa que desvanece egoístas brumas y vapores de odio, lógica bienhechora que ex-

plica el sufrir y llorar, convencimiento que tranquiliza el alma, haciendo que, gustosa, se abraza a su destino como único paso a la felicidad.

Freno de las pasiones, símbolo de paz; ley que estrecha la humana fraternidad, borrando las sociales diferencias e imprimiendo en el corazón el sentimiento de amorosa igualdad, aprendiendo a saber que, del mismo origen nacidos, todos hemos de llegar al mismo fin.

Y después de estas reflexiones, pongamos en actividad todas las energías para que la luz se haga en las pobres inteligencias y el sentimiento subyugue de emoción santa los pechos para abjurar los errores. Levantemos en cada conciencia un altar a la verdad y al amor, y, unidos los altares de todas las conciencias, construyamos el gran templo, el sublime altar de una conciencia única, universal, en cuya ara se postren de rodillas pobres y ricos, ignorantes y sabios, humildes y poderosos. Caigan de hinojos en este santo templo todas las equivocaciones, todos los vicios; que los siete pecados capitales clamen piedad, y el milagro será hecho. Al amparo de la luz santa y bendita que la verdad destelle, y heridos los corazones con las ráfagas sublimes del amor, surgirán desde el suelo, como columnas de oloroso incienso, la verdad, que triunfó del error; el amor, de la calumnia; la piedad, de la opresión. Ante el ara milagrosa, el hijo rendirá respeto y obediencia al padre, y éste cumplirá sus deberes como tal, aprendiendo a pensar que pueden cambiarse los papeles, y que cada cual será medido con la misma vara que midió.

El pobre abrazará sus pruebas con santa resignación, y aprovechando su triste suerte, estudiará la manera de atenuar la miseria y el dolor cuando la fortuna le sonría, pues sa-

brá conocer que el pobre de hoy tal vez será el potentado de mañana. Por el contrario, el hombre acaudalado sabrá que Dios no le ha concedido la fortuna para fomento de vicios y placeres, sino para ayuda y sostén de los hermanos, que teniendo que sufrir un destino triste y doloroso, él debe auxiliarles con su cariño y su dinero. Creará fábricas, industrias, empresas donde los desheredados encuentren pan y alegría a cambio de su fuerza o de su inteligencia, y sabrá, en fin, que es mero administrador de su fortuna, que, fuera de esta vida, de nada le ha de aprovechar.

Desaparecerá el odio de clases, y altos y bajos procurarán aproximarse en solidaridad amorosa para ayudarse en el camino de su perfección, y el capital y el trabajo se darán la mano para marchar al unísono de sus deberes.

Cesarán las guerras y los antagonismos de razas, colores o naciones. ¿Qué más da ser español, si antes mi cuna fué Rusia, Francia, Italia o la Argentina? ¿Si el himalayo de ayer será el europeo de mañana? ¿Si el más rennado parisién tal vez tenga la misión de renacer entre salvajes, para ser portador de la civilización que necesite su progreso?

Hagamos, por tanto, que la voz de la reencarnación suene cada día más fuerte, para que a su impulso caigan derribadas las fronteras, como las murallas de Jericó cayeron al sonar de las trompetas. Que pase el resplandor de la verdad por todos los ámbitos, sin respetar las más remotas lejanías; que el calor amoroso inunde las conciencias todas de esta tierra, procurando que cuanto antes llegue el esperado y sublime abrazo universal, el suspirado momento en que todos, *de verdad*, nos amemos como hermanos.

UNA HERMANA

COMUNICACIÓN DE FENELÓN

Dios, creador de cuanto existe en la tierra y en el espacio; sabiduría infinita que imprime el sello de la divina gracia en la inteligencia humana y refleja su bondad y justicia infinitas dotando al hombre del libre albedrío y permitiéndole, en el tiempo, rectificar sus errores y emprender la senda que le conduzca a su glorioso destino, no puede impedir la

evolución progresiva de la humanidad ni coartar el libre ejercicio de la voluntad; mejor dicho, quiere la libertad, conciencia y felicidad de sus criaturas, sin la imposición de su soberano poder, sin forzar sus deseos, tendencias y aspiraciones, pues de lo contrario resultaría poco meritoria y nada plausible la labor realizada en vuestro planeta.

Si el destino del hombre dependiera de la inspiración divina, llegaríamos a la fatal conclusión de una parcialidad, de un favoritismo y de una irritante injusticia, que exalta a algunos seres a la virtud y a la santidad como a otros arrastra al vicio y al crimen.

La vida es lucha, la vida es progreso, la vida es el medio en que se desenvuelven pasiones, sentimientos y aspiraciones que, pasados por el crisol del dolor, pierden su acritud y aspereza, convirtiéndose en las más preciadas virtudes, hijas del amor, base fundamental en la armonía de la creación.

Pero la sórdida avaricia y el frío egoísmo, en constante vigilia, se arrojan hambrientos sobre su presa para devorarla, y hasta aquellos llamados ministros del Señor clavan en ella sus garras, olvidando las santas y sabias doctrinas del Maestro. El purpurado, cubierto con ricas telas, rodeado de comodidades y de fausto y con suntuosos palacios por morada, anatematiza y prohíbe la publicación de doctrinas en pugna, no con la Ley natural ni

con la Ley de Dios, sino con leyes inventadas por los hombres para acaparar riquezas y vivir en la opulencia, so pretexto de salvar las almas con el tintineo del oro.

¡Qué escarnio! ¡Qué vergüenza! ¡Qué oprobio! Veo aproximarse la fecha de la aparición del nuevo Mesías, que, con voz poderosa, oída en los más apartados rincones de la tierra, gritará: "¡Huid, malditos de mi Padre! ¡Sepulcros blanqueados, en cuyo fondo anidan la ambición, el orgullo y la mentira, disfrazados con la sangrienta máscara de la humildad, del sacrificio y del amor. Abrid paso a la verdad aherrojada y escarnecida por tenebrosa doctrina retardadoras de la libertad y del progreso de la humanidad, embruteciéndola, para el logro de vuestros insanos apetitos; y alzando el látigo, a imitación de Jesús, arrojará del templo a esos nuevos mercaderes, falsos e hipócritas imitadores de la humanidad, manse dumbre y pobreza de Aquel que nació desnudo y desvalido en mísero portal, y desnudo y glorificado muriera en infamante patíbulo.

Extracto de una sesión medianímica en el Centro Platón, el domingo 13 de febrero, en la que intervinieron los médiums hermanos Arturo y Emilia, y como interrogadores el Presidente señor Tebar y el doctor Sánchez Herreros

Durante el pequeño lapso de tiempo recomendado para la reconcentración, el hermano Tebar explica los sueños en sus distintos aspectos y la superposición de imágenes, que es causa de la desorientación que produce el recuerdo de tales sueños.

En estado de trance, el hermano Arturo dice: "Es el sueño, en las condiciones en que la humanidad se encuentra, preciso y necesario por ahora; pero es fenómeno que llegará a desaparecer. Me fundo en que el sueño en la humanidad es producto de recopilación de fuerzas que el espíritu desperdiga por el universo, fuerzas que son precisas para recobrar energías que pierde el cuerpo físico.

Me refiero a esas fuerzas desparramadas por el espíritu con mala aplicación, fuerzas que no se emplean para dominar los sueños y usarlas con la razón. Ya hay espíritus que saben emplear sus fuerzas, y éstos son los que menos necesitan el sueño.

Aunque has dicho (se refiere al hermano

Tebar) que el cuerpo físico tiene algo así como conciencia, he de significarte que eso no es conciencia, sino la ley que une todas las partes desarrolladas por el espíritu, para que el cuerpo cumpla la misión que se le confió.

TEBAR.—¿Qué es necesario para percibir las ideas con exactitud?

ARTURO.—Para percibir la idea tal como es se necesita estar en simpatía idéntica y que exista una absoluta sintonización. Del choque de ideas distintas se producen nuevos pensamientos.

TEBAR.—¿Es difícil esa subordinación y, en tal caso, qué procedimiento debíamos emplear?

ARTURO.—El del estudio respecto a vuestro conocimiento, procurando concentraros y que las fuerzas no se distraigan de su fin; así iréis adquiriendo mayores energías, que duplicadas, triplicadas y en absoluta compenetración, harán que os conozcáis y llevéis a ejecución las obras más sublimes.

TEBAR.—¿Qué nos dices respecto a las imágenes?

ARTURO.—Las imágenes en los sueños. El espíritu percibe más perfectamente las ideas. Llegando a sintonizar con otros seres que, como dijiste, se superponen, produciendo ese cambio del paisaje que varía con arreglo a cada superposición.

TEBAR.—¿Regla general?

ARTURO.—El sueño puede ser producido en un sólo instante, dándose el caso que, golpeando la madre una puerta para despertar al hijo que duerme, éste puede soñar en ese crítico instante toda una historia que abarca siglos y que termina con un cañonazo, que fué el golpe que dió la madre para despertarle. En los sueños, el espíritu actúa sin dejar su comunicación con el cuerpo, y sus sueños varían según su estado moral o intelectual; así sucede que el individuo que tiene preocupado el espíritu con la enfermedad que padece, puede sentir en sueños el ahogo, si padece de los pulmones, e igualmente los distintos síntomas del mal físico que le aqueja.

TEBAR.—¿Qué opinas de los sueños premonitorios?

ARTURO.—El espíritu que ha conocido sus fuerzas en estado de hipnosis puede predecir y pueden presentársele imágenes que le indican cosas que fatalmente han de suceder.

TEBAR.—¿Pueden modificarse los resultados de los sueños?

ARTURO.—La voluntad puede modificar lo que le es permitido, pues el espíritu no puede modificar aquello que vino a hacer. El espíritu se perfecciona reencarnando, y en aquellas flaquezas que tuvo en la reencarnación anterior es en las que más fija su actividad para vencerlas.

TEBAR.—¿Crees factible en esta existencia el desarrollo de ser consciente en el sueño?

(El ser poseionado del hermano Arturo encuentra dificultad para expresarse.)

Interviene la hermana Emilia, en trance, que dice que entiende que el sueño es una manifestación de orden físico. Un lapso de tiempo para descanso y saturarse el espíritu que, a su vez, tonifica los órganos del cuerpo.

ARTURO (en trance).—Entonces, ¿qué estado es ése que llaman sueño de los espíritus?

EMILIA (en trance).—El espíritu está en constante evolución.

ARTURO.—Entonces, ¿por qué dicen que el espíritu desencarnado está en sueño magnético?

EMILIA.—No existe tal sueño magnético.

(Se produce un interesante diálogo entre los dos espíritus, que no pudimos recoger por su extremada brevedad.)

ARTURO.—¿El espíritu en turbación, debido a los elementos groseros que le rodean, obra lo mismo que cuando estaba vivo?

EMILIA.—Yo no encuentro nada grosero; esa turbación es porque el espíritu no se ha sentido; en cambio, en cuanto se reconoce, todos sus sueños son amores. Los sueños son casos de existencias pasadas que vienen para purificar al espíritu.

ARTURO.—¿Pero no me dices qué es el sueño natural?

EMILIA.—El sueño natural no es más que el descanso de los miembros.

ARTURO.—El sueño natural no lo produce el cansancio del cuerpo, sino las materias desperdigadas del espíritu.

EMILIA.—Hermano, soy inferior a ti y no puedo continuar. Te pido mil perdones.

ARTURO.—¿Quién te dice que tú eres inferior? El espíritu que simpatiza con la idea del otro espíritu forma la unión para estudiar y ver la forma de merecer aproximarse a ese ser único que es el espíritu de los espíritus.

TEBAR.—¿Sueños divinos?

ARTURO.—Es que el sueño es realidad. En los sueños, las imágenes se reciben más puras y en mayor cantidad, dando lugar a que la realidad se tome por fantasía, y es que en nuestro pensamiento fué herida la mente con tal velocidad que no supo distinguir el gusano insignificante del astro sublime. (Compara el caso con el cinematógrafo, que, si bien el artista hizo la exacta reproducción de las imágenes, el operador, con la rapidez de un movimiento, puede cambiar la apariencia de éstas.)

DR. S. HERRERO.—Sueños premonitorios. ¿Cómo te explicas el hecho de que un pasajero de un navío tuvo tres noches consecutivas la aparición de un hombre que esgrimía un yatagán y se negó a continuar, pensando si le sucedería una desgracia, y, en efecto, el navío sufrió un naufragio?

ARTURO.—Los espíritus conocen su destino en algunos casos; otras veces reciben confidencias de seres afectos, y a veces se encuentran en tal elevación, que por desdoblamiento, y sin ver el tiempo que transcurre, conocen el porvenir. Ese es el caso de los profetas.

DOCTOR.—¿En qué se apoyó José para in-

terpretar los sueños del copero y del panadero del Faraón?

ARTURO.—José pudo ser vidente, ver el pensamiento y su realización: los cuervos que pican el pan y el copero que exprime el racimo. El racimo se exprime en una copa que se ofrece al Rey. El vidente deduce de esto que el copero sería repuesto. El pan desparramado sobre el panadero y los cuervos al lado le hizo pensar que los cuervos, animales carnívoros, acudirían a comer de su cadáver. La inter-

pretación es fácil si percibió el desarrollo de ese pensamiento.

TEBAR.—¿Quieres que el próximo día que nos reunamos tratemos de sueños proféticos?

ARTURO.—Sí.

TEBAR.—¿Y qué dices de la palabra creación, que a veces la megaste?

ARTURO.—Crear es construir de nada. Si nada existe, no es posible crear. En Dios estuvo todo, porque Dios es todo; así es que Dios construyó, no creó.

CUENTOS ESPIRITISTAS

PEDID Y SE OS DARÁ

Un espíritu, que en su postrer *viaje* por la tierra ostentó el nombre de Margarita, despertaba en el espacio del largo sueño de su turbación.

La existencia que en el *mundo de la verdad* tenía que analizar este sér, frente al tribunal de la propia conciencia, en el que actúa de fiscal el libre albedrío y como defensor el periespíritu si dispone de aquellas pruebas innegables que en éste quedan grabadas para descargo cuando son dignas, había sido tan material que, ajena a todo lo que no fuese tosco y grosero, sin haber experimentado goces, ni siquiera dolores espirituales, sólo por medio de figuras materiales podía hacerse a su *yo* reaccionar y volver la *vista* al pasado.

Sus guías, por lo tanto, empleando leyes sugestivas, colocaron ante ella, al tornar ésta a la consciencia, el siguiente espectáculo que, creyendo ver y sentir, suponía estarlo viviendo:

Tuvo la sensación que despertaba, tras una de sus muchas noches de bacanal y orgía, presa de sed enorme, abrasadora. Yacía sobre un lecho distinto al suyo y que parecía despedir fuego, lo que hacía aumentar más y más su sed inextinguible.

Trató de buscar, afanosa, algo con que mitigarla. Todo aquello que pudiera serle útil para conseguirlo, había desaparecido. Tan sólo hallaba en torno de ella, formando inútiles montones, sus incontables joyas, sus valiosos y envidiados vestidos, todo el oro adquirido durante una vida de disipación y crápula, sin más finalidad que acumular riquezas.

Desesperada, corría de un lado a otro, re-

buscando algo para apagar aquella sed que la ahogaba. Sus manos sólo tocaban piedras preciosas, tisúes, rasos, sedas, monedas, billetes, valores con exceso para comprar en la tierra todas las fuentes, quizás todos los ríos, pero inservibles para obtener *allá* una sola gota de agua...

Medio loca, retorciéndose en el *suelo*, *lloraba* con amargura. Mil ideas confusas y absurdas cruzaban su mente al tratar de explicarse esta situación. Al creerse víctima de una pesadilla, sarcásticas risas la testimoniaron que no soñaba. Una ráfaga de esperanza, sin embargo, la invadió al ver cerca de sí personas conocidas.

—¡Agua—exclamó—, agua!...

Sus amigos refan, sin apiadarse de su angustia, ni poner remedio para calmar su sed.

—Marqués—imploró, creyendo adivinar fuese una broma pesada o rara venganza—, dame algo de beber a cambio de toda tu fortuna, la que empleando los espejuelos de mi codiciada hermosura y mi fingido amor arranqué de tus manos sumiéndote en la mayor miseria y poniendo en su lugar más tarde, con mi desprecio, el arma cruel con la que segaste tu vida. De nada me aprovechan ahora... ¡Agua, un poco de agua! Toma por ella tu oro y el de todos.—Y a puñados le tiraba los montones de monedas y billetes. Estos, al caer, se transformaban en espinas que, por ser muchas, simulaban zarzas enormes. Pero el marqués se alejaba, huyendo de ellas...

—Conde, príncipe—acudió suplicante—, mis buenos amigos, apagad mi sed, tomad, darme algo de su valor por agua, aunque sea poca,

menos que una gota de rocío—y arrojaba a sus plantas sus vestidos y sus joyas, que igualmente al esparcirse se trocaban en fuego y humo, que aumentaban su sed, amenazando asfixiarla.

Ellos huían también, temerosos.

—Príncipe—gritó, queriendo detenerle—, recuerda, al menos, que fuiste mi preferido, te quise como a nadie...

Pero el príncipe, sin oírla, se alejaba con los demás.

—Escucha, maldito—rugió desconcertada—; fingí amarte más, porque reportabas mayor cantidad de oro a mi codicia. Siempre te odié; ven, escúpeme; fui mala, debes escupirme..., así con tu saliva humedeceré un segundo los labios secos, que me queman...

Se esfumaron a lo lejos, dejándola sumida en la desesperación más espantosa... Así pasaron horas y horas, largas como siglos...

Cuando fué preciso, tuvo la certeza de su verdadero estado, comprendió lo equivocado de su prueba. Vió la cuantía de su responsabilidad, al mismo tiempo que vislumbró un rayo de luz que iluminaba el camino de su regeneración. ¡Excelso bondad del Padre!

Como sabemos los encarnados que hemos de morir, aun sin poder precisar cuándo, del mismo modo llegó al espíritu de Margarita la certidumbre de una nueva e indispensable reencarnación.

Igualmente que a nosotros nos preocupa el *más allá* y tratamos de preparar los medios necesarios para el tránsito confiados en obtener el bien espiritual en el espacio, Margarita empezó a trazar sus planes para que su prueba futura, siendo fructífera, borrara el pasado.

—Yo quiero regenerarme—decía en sus soliloquios, contrita y acumulando energías para el porvenir—; en la nueva vida deseo crear a raudales amor sincero, todo el preciso para compensar mi falsía; quisiera ser muy pobre para no tener contacto alguno con ese deslumbrador metal que causó mi desdicha y que aquí sólo sirve para crear una enorme muralla que, impidiendo el avance, retrasa el progreso...

Como el enfermo, falto de fe en la tierra, ansía la muerte, suponiendo que ésta traerá el descanso eterno y el final de sus dolores, así Margarita suspiraba por la reencarnación que hiciera espisar su ayer, borrando las manchas de su periespíritu, que simulando moles de plomo la impedían volar...

No cuando ella creyera que lo pedía sinceramente, hondamente, sino en el exacto ins-

tante en que *Quien* puede leer en lo más íntimo y puro de nuestro *yo*, vió que aquel deseo constituía el único anhelo del espíritu errante, empezó a borrarse el *más allá*...

La que un segundo de su vida como espíritu se llamó Margarita, entró en un período comparable con la agonía de los encarnados, donde van perdiendo lucidez los sentidos: los ojos, al nublarse, difuman los objetos; el gemir de nuestros deudos no llega a nuestros oídos; las manos, perdiendo el tacto, parecen posarse en el vacío; la memoria borra fechas, frases y recuerdos, haciendo entrega de su *archivo* al periespíritu, quien debe recibirlo como pasaporte para el *viaje* que va a emprender.

¡Sensato y piadoso olvido temporal del ayer para que, actuando con libertad el albedrío, tenga mérito el mañana sin trabas ni fantasmas antiguos! Sólo queda, cual faro divino, alimentado a veces por la intuición, la promesa que, al pedir misericordia, colocamos en el fondo de nuestra conciencia, guiando, con su radiante luz, nuestros pasos por el áspero y peligroso camino.

Sin embargo, por si alguna vez decae su llama, *Quien* dirige la loca carrera de los mundos sin olvidar ni al ser más modesto, pone también junto a nosotros, atento a nuestra torpeza, un *centinela espiritual* encargado de dar el "alerta", de vez en vez, y evita que el espíritu encarnado se duerma.

* * *

La materia que al reencarnar acogió el espíritu, recibió esta vez, según las leyes de los hombres, el nombre de Pablo.

Para todos era voluble y mujeriego.

—Los cariños que entran de pronto, parecen, por lo vehementes, muy fuertes, pero duran poco—solían comentar algunos cuando hablaban de él.

Era simpático, atrayente, servicial, amoroso. Tenía en cuenta, siempre, los más insignificantes detalles para agradar a quien amaba.

—Es desgraciado o excesivamente veleta—exclamaban otros al juzgar su manera de ser.

Pero todos estaban equivocados. Nadie conocía el secreto de su vida, que traía la misión de amar intensamente; a ninguno le era dado leer en su *yo*, donde anidaban ansias de hallar un alma gemela para verter el torrente de amor que brotara de su corazón.

De niño buscó compañeros en quienes depositar los albores de su intenso cariño: la jus-

tificación de su vida... Ellos, al verle pródigo y bueno, abusaron de él. Mofándose de lo que juzgaban sencillez y sólo era ternura, le engañaban.

Y probó el acíbar de los primeros desengaños.

Nacido en hogar modestísimo, a fuerza de constancia y afán logró vivir con el producto de un mezquino jornal. El dinero que tocaban sus manos, esta vez, llegaba a ellas santificado por el trabajo honrado, bendito por el sudor de su frente.

De hombre halló amigos a quienes abría su alma desde el primer día. Medía las frases para que no pudieran herir jamás. Siempre encontraba disculpa para cualquier ofensa, desprecio o mala acción.

Como tú y yo, lector y hermano, también hemos tenido amigos, no ignoramos a lo que sabe una traición. Los que tuvo Pablo fueron esos falsos amigos, especuladores, que a la sombra de la amistad se aprovechan de la buena fe.

Y cuando, desolado, buscaba uno y otro soñando hallar quien fuera digno de él, oía decir, a los incapaces de comprender su amargura —¡Es del último que llega!...

Casó lleno de ilusiones, vislumbrando la felicidad. Su esposa, sin ser mala, no le comprendía. Con un concepto erróneo del deber, ciosa de los quehaceres domésticos, siempre atenta a que nada faltara al marido, no supo leer en sus ojos las ansias que ni él sabía explicar.

Tuvo un hijo. En el tierno retoño puso su alma entera. Con él en los brazos, pasaba horas y horas esperando ver surgir el cariño sincero, sin límites. El niño quería más a su madre; lloraba frecuentemente, sin justificación para el padre, y sólo ella lo conseguía calmar.

Resignado, pensó que nadie en el mundo podía querer como él; multiplicando su amor hacia aquellos seres comenzó a estar satisfecho.

Unas fiebres traidoras le arrebataron al pequeño, que era su tesoro, toda su fortuna. La madre, sin hallar consuelo, poco a poco enfermó, dejándole, al morir, con la duda, clavada en el corazón, de que ella sólo había querido al hijo que se fué...

Pasó algún tiempo. Una mujer cruel vertió en su oído el veneno de una infame mentira respecto a la muerte. La calumnia, imposible de desvanecer ya, fué como emponzoñado dardo que al herirle consiguió que la sangre que brotara de la herida en el alma apagase el rescoldo

de amor y recuerdo que conservaba como holocausto a la que fué su compañera.

La astuta, fingiendo cariño y compasión por su desdicha, no le fué difícil adueñarse de un corazón predispuesto a querer intensamente.

Como sólo debía ser el instrumento para echar sobre el desdichado el peso de un desengaño más, lo abandonó en seguida.

Desorientado, abúlico, fatigado, ebrio, precisando para vivir de un corazón que latiera al unísono del suyo, trató de buscar una mujer a quien ofrecer el tesoro de cariño que poseía, y conoció muchas. Todas fueron iguales: antojadizas, egoístas, malas.

Unas, al compartir su intimidad, se reían, llamándole romántico. Otras, al ver la modestia de su jornal, lo sustituían con quien pudiera satisfacer sus caprichos.

Y a la par que envejecía prematuramente, buscando inútilmente un regazo donde reclinar su cabeza y verter muchas lágrimas que contarán su pena, el mundo lo tildaba de calavera y loco.

Bebía sin cesar las hieles de la desilusión. Apuró la última copa cuando quiso unir a sus achaques, a su marchita tez, un puñado de alegre y lozana juventud. La triste realidad, con su frío cruel, apartó de su lado aquella mariposilla, ansiosa de volar, que huyó, al comprender, de sus filosofías.

—Soy un desdichado—decía una vez hablando para sí—. Parece que mi misión sea amar intensamente y nadie supo comprenderlo. ¿Estaré equivocado? ¿Debe o no tomarse la vida en serio?

Y entonces, esa voz invisible que parece brotar de nuestro *yo*, que al contestar nuestras preguntas mentales resuelve las dudas, consuela los momentos de atribulación y calma nuestro dolor con un lenguaje místico y mudo, como tibio beso de madre sobre la frente del hijo dormido, le dijo:

—No te pese haber amado mucho; siente no haber amado más. Lloro por tu egoísmo solicitando ser siempre correspondido. El amor, como el bien, deben prodigarse como un deber, sin considerarlo como un préstamo que ha de cobrarse con interés.

—Pero yo, sintiendo como siento, debí ser feliz; tengo derecho a serlo—interrumpió, rebelde.

Amorosa, solícita, la voz amiga esta vez no empleó palabras, no debía hablar, era el secreto de la justicia del Padre, pero invadió el espíritu de Pablo un bienestar inmenso, una tran-

quillidad plena, que al saturarle de satisfacción le dió la sensación del deber cumplido y quería, sin duda, decirle:

—Prometiste amar mucho para borrar pasadas dilapidaciones, y lo cumpliste. Si esto te hubiera producido felicidad, tu obra se hubiera efectuado a medias. No ensalza la dicha. Sólo el dolor purifica. En tiempos fuiste amada intensamente y te mofaste de quien ponía a tus pies su amor y su vida. Tuviste que sentir lo que ellos sintieron para comprender todo el alcance de tu falta de caridad. El dolor y los sinsabores no son malos. Cuando, mañana, veas el fin que persiguieron no tendrás horas bastantes para bendecir el sufrimiento que tiene la virtud de elevar las almas...

Así se deslizó la vida de este sér inestable y calavera, según el mundo, a quien tampoco le era otorgado conocer las causas de la vida anormal de Pablo.

Lector querido: ¿algo interior no te dice que alguna vez también nosotros vivimos estas horas amargas de Pablo?

Todo debe parecernos justo y lógico. No olvidemos nunca que somos ciegos para ver la finalidad de las pruebas.

Aunque el sér actúa con arreglo a su libre albedrío, coopera siempre a la obra común, y, a veces, quienes nos separamos del camino recto somos aprovechados para completar o actuar en la misión de otros espíritus encarnados.

Como la obra de Dios es perfecta, nada malo puede ocurrir, aunque, necios, al pronto podamos interpretarlo así.

Lo que llamamos malo, lo peor, es sólo una reacción, una evolución para trocar todo en bien en un mañana venturoso y diáfano.

Únicamente bajo este aspecto puedo yo aceptar la frase jesuita: *el fin justifica los medios*.

ANTONIO PALMERO FERNÁNDEZ.

EL VELLÓN DE LANA

(REFLEXIONES DE UN PSICOLOGO)

Después de la conquista de Palestina, procedió Josué a su reparto entre las tribus. Pero muchos de los conquistados quedaron entre los conquistadores, haciendo vida común. No es extraño que los hebreos sufrieran el contagio de sus errores. El pueblo israelita pasó cuatrocientos años grandemente vacilante en su pensamiento religioso. Tan pronto observando el monoteísmo de Moisés, como recayendo en la idolatría.

Esto me enseña que las malas compañías producen siempre su acción desmoralizadora. Pierden así a los individuos, como a los pueblos. Es, pues, regla práctica para el psicólogo huir de los centros deshumanizados. Aquél es el camino del mal. El de la degeneración del individuo y de la especie.

Esos cuatrocientos años forman, en la historia del pueblo hebreo, un período de estudio muy interesante; el de los jueces, que puede considerarse como una transición al régimen monárquico.

Según Businger, cuyo *Compendio de la Historia bíblica* tengo en este momento a la vista, doce fueron los jueces que suscitó el Pa-

dre durante este tiempo para librar a Israel de las manos de sus enemigos.

A los que creemos en el gobierno providencial del mundo, o sea en la existencia de un programa de Dios para la dirección del progreso humano, no nos extraña esta acción tutelar. El Padre ve la corrupción de un pueblo y le castiga. Pero cuando su justicia queda satisfecha, entonces envía espíritus superiores que le vuelvan al sendero de la verdad. Eso fueron los jueces.

Pues bien; una de las situaciones más graves por que atravesó Israel en aquel tiempo, fué la lucha contra los madianitas. Estos bajaban del Oriente y todo lo saqueaban; se apoderaban de las cosechas y no dejaban recurso alguno al pueblo para vivir. De manera, que los israelitas desfallecían de hambre. Tal estrago permanente les tenía consternados.

Los que sentían más esta situación lamentable, eran los labradores. Estos viven siempre mirando al cielo, temiendo que todos los afanes y fatigas de un año se pierdan en unos pocos minutos.

El que más indignado estaba contra los la-

drones madianitas era Gedeón, hijo de Joas Abiezerita, el cual vivía con su padre en Ophra. Mozo aún y lleno de energía, se inclinaba al remedio que le parecía indicado contra aquellas gentes malvadas; la fuerza. (Jueces, capítulo VI, versículo 11.)

En estas circunstancias tuvo una aparición (que estudiaré con detenimiento en un artículo próximo, porque es un hecho precioso de Psicología trascendente), y por ella supo que el Padre le había elegido para combatir contra los madianitas, vencerlos y librar así a Israel de su yugo. (Jueces, cap. VI, ver. 14.)

El tal encargo era (como decimos en estilo familiar) un hueso bastante duro de roer. Me explico que Gedeón Abiezerita vacilase, recordando que su familia era pobre entre las que constituían la tribu de Manasés, y él, el hijo más joven en la casa paterna. Así lo declaró en el capítulo antes citado del libro de los Jueces. Y como éste es un punto de interés psicológico, aquí me detengo.

La duda de Gedeón la apoyó en su humildad. Esto le enaltece; pero en este momento era preciso que pensase en que el Padre se sirve de los más pequeños para llegar a los fines mayores de su programa. Ejemplo: la elección de la Virgen María, quien vivía pobre y olvidada, para que en ella se encerrase, como en un sagrario, el verdadero Sol de justicia de los siglos: Nuestro Señor Jesucristo. (Fray Tomás de Villacastín, Oración mental, Vía iluminativa.)

Luego, como dijo el Doctor Melchior, de Barcelona, mi amigo y maestro, el que duda es derrotado antes de emprender la batalla, porque la duda es una *matriz estéril*. Es una autosugestión depresiva que anula la voluntad-acción y deja al hombre convertido en un guiñapo, en un maniquí.

Entonces a Gedeón Abiezerita se le ocurrió hacer un doble experimento muy curioso, para convencerse de sí, efectivamente, era la Intelligencia suprema la que le enviaba contra los madianitas, y, por tanto, si podía contar con su protección para tan ardua empresa.

De esto deduzco yo que el querer aprender las cosas referentes al alma y a Dios por experimentos, no es una idea de hoy, como piensan algunos. Es muy antigua, porque se le ocurrió ya a este hombre, sin ser científico, sino dejándose guiar por su sentido común.

Y procediendo como un experimentador muy hábil, hizo prueba y contraprueba, para obtener la evidencia. Es decir, que aplicó, sin co-

nocerla, aquella regla de *reiteración de las pruebas*, que tanto recomendó Letamendi a los alumnos de Clínica general. (Véase su libro sobre esta materia. Madrid, 1894.)

Fué Gedeón a su era y puso allí, en un sitio escondido, pero en la superficie del campo, un vellón de lana. Y pidió, con oración mental, que el rocío se depositase en el vellón, mientras la tierra circunvecina quedase seca. (Jueces, cap. VI, ver. 37.)

Aquí, no habiendo articulado Gedeón palabra ninguna, ni yendo acompañado por ningún ser humano, al esconder el vellón era preciso para averiguar su propósito, *adivinar su pensamiento*. Lo cual es una magnífica prueba de la Omnipresencia del Padre, quien como nos lleva en su seno (como el mar a los peces), lee nuestro pensamiento con la misma facilidad que nosotros en un libro.

El hecho es que el vellón quedó abandonado toda aquella noche en la era y que no llegó a él mano humana, sino la acción de los elementos.

Volvió Gedeón al día siguiente con la natural curiosidad a comprobar el estado del vellón, y exprimiéndole, llenó de agua un vaso. En cambio, la tierra de alrededor estaba seca. Es decir, el Padre había cumplido al pie de la letra su petición mental. (Jueces, capítulo VI, versículo 38.)

No nos olvidemos nunca de que el Padre es *Acto puro*, según la Teodicea. Así es que cuando veo un hecho, cuyo proceso productivo lleve el sello de la *instantaneidad en la acción*, tengo la prueba cierta de su intervención directa. Así debió discurrir nuestro labrador de Abiezer, dejándose llevar por su intuición genial, como Letamendi decía.

Pero nuestro héroe era un modelo de prudencia científica, a pesar de su escasa cultura. En presencia de la evidencia, temió haberse engañado y resolvió ir a la contra-prueba. Se valió del mismo vellón para un nuevo ensayo y pidió *mentalmente* lo contrario. Es, a saber: que la sequedad estuviese sólo en el vellón y que la Tierra circundante apareciese empapada de rocío. Dejó transcurrir otra noche. A la mañana siguiente, todo se había cumplido. Del vellón no pudo obtener una sola gota de agua. Por el contrario, el terreno próximo estaba lleno de humedad. (Jueces, capítulo VI, versículo 40.)

¡Oh, experimentadores modernos, que llegáis a negar las cosas más ciertas después de

uno o dos experimentos, hechos a la ligera y como por compromiso, yo os ruego que imitéis a este hombre y vuestro prestigio (ahora bastante decaído por vuestros errores, nacidos de la precipitación) crecerá como la espuma entre los espíritus amantes del progreso!

Entonces concluyó Gedeón que era verdad que el Padre le enviaba y que le ayudaría en aquel trance supremo. En efecto, el Sér sublime que había adivinado su pensamiento y cumplido aquel doble prodigio, ¿no podría ayudarle a vencer a los Madianitas? Es evidente; porque aquello era mucho más difícil que esto, y ya sabemos que "quien puede lo más, puede lo menos".

Encuentro pues, a Gedeón Abiezerita el gran mérito de ser un pensador lleno de sentido común (cosa muy rara entre los que se tienen a sí mismos por intelectuales). Su guía era el principio de causalidad (del que huyen los positivistas como del fuego). Y así reconoció esta gran verdad, perpetua, sencilla, clara, luminosa, universal: "Todo efecto inteligente obedece a una causa entendida."

DR. ABDÓN SÁNCHEZ-HERRERO.

CORRESPONDENCIA

Manuel Olivares (La Línea).—Recibido importe de suscripción del año 1927. Se sirve periódico al Sr. Gregory y lo haremos con gusto a cuantos pueda interesar por que sientan nuestro ideal.

F. Miralles (Hellín).—Recibí giro de cinco pesetas.

A. Jiménez (Almendralejo).—Recibí giro de cinco pesetas.

Catalina Bernardino (Arcos).—Recibí giro de cinco pesetas.

E. Quilón (Huelva).—Hechas dos nuevas suscripciones, que le agradecemos en el alma. Ese

es el camino para que las ideas triunfen, y no lo que hacen algunos titulados espiritistas que todo lo esperan del esfuerzo ajeno.

Bartolomé Bernal (Murcia).—Recibido su giro.

Antonio Jiménez (Almendralejo).—Idem id.

Manuel Olivares (La Línea).—Idem id.

F. Miralles (Hellín).—Idem id.

Catalina Bernardino (Arcos).—Idem id.

Pedro Algaba (Córdoba).—Idem id.

Mariano Martínez (Novelda).—Idem id.

Manuel Jarabo (Nador).—Idem id.

José Pastor (Elche).—Idem id.

Antonio Castro (Frailes).—Recibí su carta y comunicaciones. Esta Revista, que como la que más necesita ingresos porque no cubre gastos, servirá a usted y a cuantos no puedan pagar sus periódicos gratis; pero lo que puedan hacerlo no debèn regatearnos la suscripción. De otra forma nos demostrarán que no sienten el espiritismo.

A los buenos espiritistas.

El periódico tiene un déficit permanente que se cubre gracias a la agnecación de unos pocos hermanos que nos favorecen con sus donativos.

En nombre del ideal llamamos a las puertas de todo el que ame nuestra doctrina para que, procurando suscriptores, nos ayude a sostener el único baluarte que nos acredita en España y en el Extranjero: el portavoz de la ciencia espirita encargado de consolar a la Humanidad y de difundir los mensajes de ultratumba.

Causa honda pena que en toda España hayamos podido reunir 165 suscriptores, donde los espiritistas se cuentan por millones.

Los que se llaman hermanos nuestros tienen la palabra.

A NUESTROS SUSCRIPTORES

Rogamos a los queridos hermanos que se encuentran en descubierto con la suscripción del periódico, giren fondos a la mayor brevedad, evitándonos la pena de suspenderles el envío de la Revista.

Estas demoras nos causan verdaderos perjuicios, porque, siendo nuestro periódico de matiz ideológico, sólo entre espiritistas hemos de sobrellevar el mucho gasto que la difusión de la doctrina nos impone.

Sociedad
de
Estudios Psicológicos

"CENTRO PLATÓN"

Barco, 32, bajo.

MADRID

CUOTA MENSUAL:

Asociados varones. . . 3,50 pesetas.

Señoras 2,50 »

En esta cuota está comprendida la suscripción a la Revista.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D. con residencia en

. calle núm. piso se suscribe
a la Revista PLUS ULTRA por (1).

Firma del suscriptor,

NOTA. Remítase este Boletín a la «Sociedad de Estudios Psicológicos», Barco, 32, bajo, enviando por Giro Postal, o en sellos de correos, el importe de la suscripción, que es: trimestre 1,50, y año, 5 pesetas.

(1) Trimestre o año.